

CIENCIA POLÍTICA Y GESTIÓN PÚBLICA
TRABAJO FIN DE GRADO

PODEMOS Y EL POPULISMO

AUTOR: UNAI AHEDO RODRIGUEZ

DIRECTOR: J. ALFREDO RETORTILLO PANIAGUA

Facultad de Ciencias Sociales y de la Comunicación
Julio, 2015

Este trabajo va dedicado a Kiko, mi abuelo.

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar quiero dar las gracias a mi director del Trabajo Fin de Grado, el profesor Alfredo Retortillo, puesto que sin su ayuda y sus consejos este trabajo no hubiera sido posible. En segundo lugar a mi amigo Iván, quien ha sido un verdadero compañero y un apoyo indispensable durante estos cuatro años, sin el que todo habría sido más difícil para llegar hasta aquí. En tercer lugar no me quiero olvidar de mi padre, quien siempre ha estado dispuesto a ayudarme y a apoyarme.

Índice

PRESENTACIÓN	4
PRIMERA PARTE: ¿De qué hablamos cuando hablamos de populismo?	
Populismo, un término multiuso	6
Cómo comenzar a observar el populismo, múltiples enfoques	7
Las definiciones del populismo	9
Una singular forma de articulación.....	10
Dos elementos centrales: el « <i>pueblo</i> » y sus enemigos	12
La necesidad de un liderazgo carismático	15
La emergencia del populismo, en busca de una razón	17
¿Populismo o populismos? Una posible tipología	19
SEGUNDA PARTE: ¿Es Podemos populista?	
El surgimiento de Podemos	22
Ahora sí se puede	25
A quién señalar con el dedo, la « <i>casta</i> »	26
El « <i>pueblo</i> » español, historia de una traición	27
Un proyecto ilusionante	29
Pablo Iglesias, el líder	29
Organización y participación	31
CONCLUSIONES	36
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	38
RECURSOS ELECTRÓNICOS	40

PRESENTACIÓN

La crisis económica ha traído consigo multitud de consecuencias, para la propia economía pero también para la sociedad. La política, como no podía ser de otra manera, ligada como está a la economía y a la sociedad, tampoco se ha librado de los conflictos que se han ido generando en estos años de crisis. Un clima de desafección política, de desencanto con los políticos, con los partidos, etc., y una visión más crítica y negativa del sistema representativo democrático que venía funcionando con éxito desde hacía más de un siglo, han ido ganando terreno en las sociedades europeas. España no ha sido una excepción, sino que a veces constituye uno de los máximos exponentes de ese malestar con la política, con una sociedad que aún sufre las consecuencias de la crisis económica y financiera, la aparente incapacidad para hacerle frente de la política "*tradicional*", todo ello agravado por los múltiples casos de corrupción.

Es en ese contexto de desafección política donde surge Podemos, un fenómeno político nuevo que entronca también con otros casos registrados en otros países europeos, como en Italia con el Movimiento 5 Estrellas y en Grecia con Syriza. Podemos es un partido político nuevo, con políticos nuevos, con caras nuevas. Pero sobre todo es un partido que pretende poner en cuestión todo lo establecido. Ya hubo en España precedentes de este tipo que achacaban a la *clase* política toda suerte de males, pero en forma de movimientos sociales que eclosionaron en torno al 15-M. Podemos, sin embargo, que en ocasiones se presenta como heredero de aquél, ha optado por la vía institucional.

Podemos, registrado como partido político el 11 de marzo de 2014, con sede en el número 21 de la madrileña calle Zurita y con Pablo Iglesias Turrión como Secretario General, ha sabido conectar con una parte significativa de la ciudadanía y canalizar sus demandas de cambio, lo que les ha procurado múltiples apoyos desde su aparición, como se ha podido comprobar en las convocatorias electorales realizadas desde entonces. En apenas unos meses Podemos ha sido capaz de sumar apoyos rápidamente mientras que los partidos tradicionales los perdían, pero también ha generado algunas hostilidades, tanto entre la ciudadanía como en el resto de partidos. En definitiva, ha supuesto -y supone aún- un terremoto político, que no deja a nadie indiferente y que creemos justifica sobradamente su interés como objeto de estudio en el trabajo que presentamos en las siguientes páginas.

Fundamentalmente, nos planteamos la cuestión en torno a la etiqueta «*populista*» que han usado sobre todo sus críticos, entendida como algo negativo, engañoso. ¿Es cierto que podemos tildar a Podemos como un fenómeno populista? ¿Cuáles son las claves de

discurso que Podemos y sus líderes han utilizado para llegar a una base social heterogénea y en un plazo de tiempo tan corto? Más aún, ¿qué es el populismo?, ¿cómo se manifiesta?

Así, la primera parte de este Trabajo Fin de Grado que presentamos, tratará de comprender el fenómeno del populismo a partir de la necesaria clarificación conceptual. Utilizar el mismo término para definir un fenómeno político, cuando cada uno sostenemos una idea distinta sobre lo que aquél significa no ayuda demasiado al progreso del conocimiento. Una vez establecido un marco explícito de comprensión del populismo, la segunda parte de nuestro trabajo se dirigirá al análisis del populismo en el caso de Podemos, en sus posiciones políticas, en su discurso y en sus prácticas.

Por fin, entendemos que nuestro trabajo no se limita al caso español, sino que podría servir también como base para analizar otros fenómenos políticos surgidos en el continente europeo en el contexto de la crisis económica, social y política que sigue golpeando en toda Europa. Creemos que en una situación como la actual es importante un estudio de este tipo, para ayudarnos a comprender las causas del éxito y el auge de partidos como Podemos, que -por encima de sus diferencias- brotan por toda Europa.

PRIMERA PARTE: **¿De qué hablamos cuando hablamos de populismo?**

Populismo, un término multiuso

El término *populismo* ha sido utilizado a lo largo de la historia para aludir a múltiples y muy diversos movimientos, partidos o líderes políticos de todo el mundo. Se ha empleado para categorizar o clasificar tanto desde la Ciencia Política o las Ciencias Sociales en general, como por parte de medios de comunicación, adversarios políticos, líderes de opinión o diversos sectores de la propia sociedad. Y ello a pesar, o quizá precisamente por ello, de su ambigüedad. El concepto que cada uno sostiene sobre el populismo no parte de una definición aceptada por todos, sino que se utiliza desde una definición movediza, de modo que pocas veces se ha empleado con precisión.

El populismo ha tenido diferentes connotaciones y significados desde su aparición en el siglo XIX. Más aún, podríamos decir que el populismo adquiere un sentido y unas implicaciones u otras en función de quién lo emplee. De ahí su ambigüedad y sus distintos significados en cada momento histórico, en cada territorio y en cada caso particular, de ahí sus distintas aplicaciones.

En efecto, el populismo ha servido como adjetivo descalificador de líderes y movimientos políticos. Pero esto es solo uno de los usos que se le han dado ha dicho término, de hecho, como nos advierte Wiles, el populismo no es malo per se (Wiles, 1970: 211). Así, el término populismo habría cambiado con el paso del tiempo, desde un sentido positivo a uno negativo y despectivo, para en última instancia descalificar por el uso de la demagogia o por la irresponsabilidad a la hora de elaborar políticas públicas y económicas (Rocha, 2008: 47). Pero esta visión es reciente, puesto que hasta mediados del siglo XX el término *populista* no describía a un líder que utilizaba la mentira, la manipulación o la demagogia (Rocha, 2008: 47), al menos no en términos despectivos, aunque en el momento presente parece la percepción más generalizada.

Pero no es ésta la mejor manera de acercarnos a la comprensión del populismo. Antes de hacer un repaso conceptual sobre el populismo, por tanto, debemos eliminar prejuicios y partir de la base de que dicha etiqueta no es necesariamente negativa. Aunque muchas veces se haya empleado como un adjetivo peyorativo, sobre todo en el momento presente, el populismo ha sido considerado en otras ocasiones como una vía para ahondar en una democracia en situación de crisis y, por tanto, como algo positivo para el sistema y no necesariamente la amenaza que otros apuntan.

Por todo ello, en esta primera parte de nuestro trabajo vamos a tratar de considerar el populismo desde sus múltiples aristas, estableciendo sus características fundamentales y fijando un marco conceptual que -lejos de definiciones ambiguas y/o movedizas- nos sirva efectivamente para analizar el populismo de Podemos sabiendo de qué hablamos cuando hablamos de populismo.

Cómo comenzar a observar el populismo, múltiples enfoques

Como ya hemos dicho, no existe una definición única y comúnmente aceptada para referirse al populismo, un término que -por eso mismo- se ha venido utilizando por distintos autores para categorizar fenómenos políticos muy diversos. Así, Laclau llega a afirmar que “pocos conceptos han sido más ampliamente usados en el análisis político contemporáneo y, sin embargo, pocos han sido definidos con menor precisión” (Laclau, 1978: 165).

Una indefinición que ha supuesto una disparidad de concepciones sobre el populismo y un uso muchas veces erróneo y un tanto abusivo del mismo. La comprensión del populismo no puede ser tan genérica como para que pueda ser empleado para todo movimiento que invoque el nombre del «*pueblo*» (Worsley, 1970: 296), ni puede ser tan volátil como para que sirva para cualquier cosa: “la definición de populismo que cada cual adopte estará de acuerdo con sus particulares objetivos académicos” (Wiles, 1970: 203).

Entre las múltiples aproximaciones que se han venido utilizando para el análisis del populismo, Laclau enumera cuatro enfoques básicos (Laclau, 1978: 166-170):

- 1) el populismo como expresión de una determinada clase social
- 2) el llamado “nihilismo populista”
- 3) el populismo como ideología
- 4) la concepción funcionalista del populismo

En el primero de los enfoques el populismo se interpreta como un movimiento e ideología fruto de la expresión de una determinada clase social. Desde esta premisa, se tiende a percibir el populismo como un rasgo que es compartido por movimientos muy dispares entre sí y que se explica por la base social de dichos movimientos. Esto es algo que lleva a una abstracción o generalización excesiva, que no hace más que dejar sin definir dicho concepto, puesto que los rasgos de dichos movimientos nos son en absoluto coincidentes (Laclau, 1978: 167-168). Así ocurre, por ejemplo, cuando en función de su base social se identifica como populistas a los movimientos norteamericanos del siglo XIX y al

movimiento *narodnik* ruso (Worsley, 1970: 298), a pesar de todas sus disimilitudes. Lo que prueba la inexactitud de este primer enfoque.

Tabla 1. Comparación entre los movimientos populistas norteamericanos y el ruso

<i>Variable</i>	<i>Norteamérica</i>	<i>Rusia</i>
Pertenencia masiva de granjeros/campesinos	Sí	No
Conducción a cargo de los intelectuales	No	Sí
Sistema comunitario de tenencia de la tierra	No	Sí

Fuente: Adaptado de Worsley (1970).

En segundo lugar, en otras ocasiones se ha entendido la categoría «populista» como vacía de contenido. Es el llamado “nihilismo populista”, por el que el concepto de populismo debería ser eliminado y no utilizarse para el análisis de distintos movimientos, que únicamente pueden entenderse en función de su naturaleza de clase (Laclau, 1978: 168-169). Pero si la categoría «populista» existe, así como los intentos de su conceptualización, será porque algo se esconde detrás de él, debe tener algún significado. Como dice Worsley, “tras el humo verbal hay alguna fogata” (Worsley, 1970: 267), de modo que es necesario clarificar su naturaleza antes de renunciar a su empleo.

En tercer lugar, una concepción más acotada del populismo lo concibe como una ideología. Dicha ideología tendría básicamente un carácter anti *statu quo*, una desconfianza hacia la política y los políticos del momento, una apelación al pueblo y el rechazo al intelectualismo, entre otros rasgos (Laclau, 1978: 169-170; Wiles, 1970: 204-211). La debilidad de este enfoque se debe a que tiende a una mera enumeración y descripción de dichos rasgos, pasando por alto cómo se constituye su unidad y olvidando su influencia como factor de movilización social (Laclau, 1978: 169-170).

Por último, encontramos también una concepción funcionalista del populismo, entendido como un fenómeno aberrante, producido por los desajustes que se producen en los procesos de tránsito de una sociedad tradicional a una industrial, y que según Germani consistirían en la existencia en esa etapa de elementos tanto de una sociedad como de la otra (Laclau, 1978: 170-171). Estos desajustes, o asincronías, se corresponderían con los rasgos generales del cambio, y podrían ser de tipo geográfico, institucional, de ciertos grupos sociales o motivacionales (Germani, 1965: 98-99). Así, Di Tella por ejemplo se apoya en dichas asincronías en su concepción del populismo, aunque se circunscriba al

desajuste entre lo que él denomina “la revolución de expectativas crecientes” y “el efecto de demostración”. Consistiría pues esta asincronía en que fruto de los *mass media* crecerán las expectativas por encima de las posibilidades de poder satisfacerlas, por lo que se crearía una especie de cuello de botella, en el que la democracia también se verá afectada en su funcionamiento, surgiendo así el populismo (Laclau, 1978: 175-176). Esta concepción, sin embargo, no está exenta de críticas, centradas en que el populismo no puede ligarse a una etapa de desarrollo determinada, o en que los paradigmas de sociedad tradicional y sociedad industrial son de alguna manera discutibles (Laclau, 1978: 177-183).

En definitiva, estos cuatro enfoques tradicionales sobre el populismo no son del todo esclarecedores, lo que revierte en la ambigüedad y disparidad de las definiciones que se han dado en torno al concepto de populismo, que en su mayoría parten de alguno de ellos, de modo que vuelven a caer en las mismas imprecisiones.

Las definiciones del populismo

Ya señalábamos al comienzo que una concepción difusa del populismo es aquella que se apoya básicamente en la alusión constante al pueblo como depositario de unos valores o único sujeto soberano. Esa es precisamente la aproximación de Incisa, cuando afirma que “pueden ser definidas como populistas aquellas fórmulas políticas por las cuales el pueblo, considerado como conjunto social homogéneo y como depositario exclusivo de valores positivos, específicos y permanentes, es la fuente principal de inspiración y objeto constante de referencia” (Incisa, 1983: 1280-1281). O de Fallers cuando argumenta que la ideología populista emana del principio de que “la legitimidad reside en el pueblo” (Incisa, 1983: 1281). Incluso Wiles, cuando dice que populismo es “todo credo o movimiento fundado en la siguiente premisa principal: *la gente simple, que constituye la aplastante mayoría, y sus tradiciones colectivas son las depositarias de la virtud*”. (Wiles, 1970: 203). Debemos señalar, sin embargo, que la alusión al pueblo como único consignatario de la virtud y de la soberanía es importante para el populismo, pero no es determinante. No es suficiente para identificar a un movimiento u otro como populista.

Desde un prisma diferente, Worsley señala que los movimientos populistas se caracterizan por “el enfrentamiento entre un orden social de pequeños productores rurales, y el poder más vasto de la industria y comercio de gran escala” (Worsley, 1970: 295). También MacRae se refiere al populismo para definir a los movimientos surgidos contra la industrialización y ligados a los sectores agrícolas (MacRae, 1970: 200). Definiciones que evocan una visión del populismo un tanto reaccionaria en cuanto al cambio y muy reduccionista en cuanto a su base social de apoyo. En línea con las aproximaciones de Germani y Di Tella, el populismo se produciría en los procesos de tránsito de una sociedad

tradicional a una moderna, pero acaban definiendo el populismo a partir de la mera enumeración de sus características, algo por lo que nos parecen insuficientes.

Asimismo, Shils define el populismo a partir de dos principios fundamentales. En primer lugar, la supremacía de la voluntad del pueblo, identificada con la moralidad y la justicia; y, en segundo lugar, la relación directa entre el pueblo y sus líderes, sin necesidad de mediación institucional (Worsley, 1970: 298). Una definición que parece más completa, pero que no termina por solucionar del todo el problema al que nos enfrentamos, puesto que parece dejar en un tercer plano ese enfrentamiento con las élites.

Estas definiciones y concepciones sobre el populismo traslucen la disparidad y las imprecisiones a las que hemos aludido al comienzo, como el de ver el populismo como una mera alusión al pueblo, o el reduccionismo de ver el populismo como un movimiento o una ideología, limitándose a la enumeración de sus características o al análisis del contexto en que han emergido, pasando por alto las disimilitudes que presentan y que sitúan la comprensión del populismo en un terreno ambiguo.

No obstante, aunque incompletas, estas definiciones introducen rasgos relevantes para la concepción del populismo. De las definiciones de Incisa, Fallers y Wiles podemos extraer el concepto de pueblo y su constante alusión como depositario exclusivo de la virtud y de la soberanía. Además de la insinuación sobre su carácter mayoritario, que nos remite a la idea de hegemonía, también fundamental. Por otra parte, las definiciones de MacRae y Worsley sugieren un enfrentamiento entre las élites y el pueblo, una oposición hacia quienes ostentan el poder, que también será un elemento de vital importancia para la comprensión del populismo. Y finalmente, la idea de Shils de un líder capaz de mediar directamente con el pueblo.

Se introducen por tanto elementos necesarios para la comprensión del populismo como son el concepto del *pueblo*, el de *hegemonía*, el de *liderazgo carismático* o el de la *oposición a las élites* que ostentan el poder. Pero es este último elemento el que más oculto permanece en los enfoques anteriores, y el que sin embargo nos parece fundamental para identificar el fenómeno populista. Será Laclau quien desarrolle esta idea fundamental para la comprensión del populismo a partir de lo que denomina como una “*peculiar forma de articulación*” (Laclau, 1978: 201).

Una singular forma de articulación

Ya hemos dicho que la alusión al pueblo no es suficiente para la comprensión del populismo. Nos parece que Laclau da la clave fundamental en su obra “*Política e ideología en*

la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo” (1978), al afirmar que el populismo es una forma particular de articulación de esas interpelaciones populares y democráticas que, dirigidas hacia las élites que ostentan el poder, son las que hacen que un determinado discurso ideológico se convierta en populista.

En palabras de Laclau:

“no es la mera presencia de interpelaciones popular-democráticas en un discurso lo que transforma a éste en populista, [...] el populismo está directamente ligado a la presencia del «pueblo» en ese discurso, [pero] debemos concluir que lo que transforma a un discurso ideológico en populista es una peculiar forma de articulación de las interpelaciones popular-democráticas al mismo” (Laclau, 1978: 201).

Una forma de articulación que, concluirá Laclau, consiste básicamente en presentar al pueblo, único dueño de la soberanía, como un conjunto homogéneo frente a un bloque de poder usurpador de dicha soberanía. Haciendo así constantes interpelaciones a dicho bloque de poder. Interpelaciones que se presentan como emanadas de dicho pueblo considerado como conjunto homogéneo.

Así, el elemento populista no residiría ni en el movimiento ni en el discurso ideológico, que siempre estarían ligados a una pertenencia segmentada, de clase. El elemento populista reside en última instancia en una contradicción articulada en dicho discurso, pero una contradicción no clasista, sino en una contradicción entre «pueblo» y «bloque de poder» (Laclau, 1978: 191). Es decir, el populismo consistiría en la articulación de una contradicción entre el conjunto del pueblo, de ahí que no podamos ligarlo a una contradicción de una clase social determinada, y el bloque de poder dominante. Un bloque de poder o una clase dominante que ejerciendo su hegemonía o su poder hacia las clases dominadas, neutraliza o rebaja los antagonismos existentes entre dicho bloque y éstas, convirtiéndolas en simples diferencias (Laclau, 1978: 201-202).

Como dice el propio Laclau:

“Queda claro pues: 1) que lo populista en una ideología es la presencia de las interpelaciones popular-democráticas en su antagonismo específico; [y] 2) que el conjunto ideológico del que el populismo es sólo un momento consiste en la articulación de ese momento antagónico a discursos de clase divergentes” (Laclau, 1978: 204-205).

Así, el populismo, como discurso que articula de una manera peculiar las interpelaciones a la democracia y al pueblo, mostrará un antagonismo radical entre las clases dominadas, que serían las que constituyesen el pueblo, y las clases dominantes, que ejercen su hegemonía. Se trata por tanto de articular un discurso en el que el pueblo se concibe como homogéneo, intentando superar los problemas que supone su heterogeneidad real, intentando salvar las diferencias entre clases sociales, para así hacer visible el antagonismo entre el pueblo soberano y las élites dominantes que usurpan la soberanía. Dicho discurso tenderá, por

tanto, a la simplificación del espacio político, agrupando a las distintas singularidades sociales en torno a un polo de esa dicotomía, algo por lo que los términos que identifican a dichos polos han de ser necesariamente imprecisos, para así poder agrupar las particularidades en un conjunto homogéneo (Laclau, 2005: 33).

El discurso populista por tanto, dará una visión de la sociedad articulada en dos polos opuestos: «pueblo» y «bloque de poder». Y para poder agrupar a personas de clases sociales distintas y con distintas aspiraciones e intereses, sobre todo en el polo que constituye el pueblo, deberá emplear términos ambiguos o muchas veces vagos. Tras construir dichos polos los presentará como antagónicos, confrontando al pueblo con dicho bloque de poder. Es ahí donde reside la esencia del populismo.

Ahora bien, además de identificar el discurso que articula este antagonismo, es necesario conocer también cómo toma forma dicho discurso populista y quién sería el artífice y el constructor de los polos homogéneos enfrentados. Aquí aparece una figura fundamental, la del líder. Un liderazgo que, como dice Shils, se establece a partir de una relación directa con el pueblo, con una capacidad mediadora que no necesita de las instituciones (Worsley, 1970: 298). En definitiva, un gran líder con un contacto místico con las masas, sin el que el populismo quedaría mutilado (Wiles, 1970: 204).

Dos elementos centrales: el «pueblo» y sus enemigos

Siguiendo a Laclau, y tal y como hemos visto, una de las principales características “del populismo sería la apelación al pueblo por encima de las divisiones de clase” (Laclau, 1978: 192). Es así como se sostiene la oposición «pueblo-bloque de poder», puesto que convertiría las contradicciones de clase en meras diferencias, conformando así el pueblo como una “*masa homogénea*” en la que no existe lucha de clases y se opta por la división entre “*pueblo*” y “*no pueblo*” (Incisa, 1983: 1282). Por eso resulta difícil encuadrar a los diferentes movimientos populistas en el eje clásico izquierda-derecha, puesto que prefieren crear el de «*pueblo/antipueblo*» (Álvarez, 1994: 21).

Ahora bien, esta pretendida visión unitaria y homogénea del pueblo en realidad estaría dividida en unidades aun más pequeñas que las clases sociales. La unidad del grupo está dividida por las demandas sociales (Molina y Grosser, 2008: 138). Así, la unidad se produce por la articulación de dichas demandas, algo que sería posible mediante la nominación, su simple nombramiento, lo que además requerirá de elementos afectivos (Molina y Grosser, 2008: 138). En definitiva se podría decir que “esa totalidad, que se constituye como un todo político imposible en un conjunto de demandas equivalenciales unidas por una nominación, constituyen un pueblo que se define en función de un antagonismo ante el

sistema vigente” (Molina y Grosser, 2008: 138). Por tanto, el pueblo constituye una unidad en tanto se consiguen relacionar y unir las distintas y múltiples demandas sociales mediante su nombramiento y el uso de las emociones, mostrándolas así como similares, parejas entre sí. A partir de ahí, se pondrá de manifiesto el antagonismo entre el pueblo -y sus demandas- y el bloque de poder.

Otro de los elementos importantes a la hora de construir dicho pueblo y presentarlo como opuesto al bloque de poder serán las tradiciones populares. Éstas “constituyen el conjunto de interpelaciones que expresan la contradicción pueblo/bloque de poder como distinta de una contradicción de clase” (Laclau, 1978: 194). Unas tradiciones a las que se aludirá constantemente en el discurso populista por el hecho de que “están cristalizadas en símbolos, valores, etc., en los que los sujetos interpelados por las mismas encuentran un principio de identidad” (Laclau, 1978: 194). Las alusiones a las tradiciones populares servirán para conformar la identidad del pueblo, en donde todos sus integrantes se encuentren identificados. El uso de estos símbolos tradicionales con un significado puramente retórico tiene un valor emocional para los interpelados (Laclau, 1978: 194). El pueblo se asume como un mito, a un nivel casi emocional (Incisa, 1983: 1281), que en última instancia es utilizado para su movilización. De ahí la importancia de lo afectivo y lo emocional a la hora de construir el pueblo. Es una concepción que parte de la visión de una sociedad de masas donde prima lo emotivo frente a lo racional, de una masa que responde sobre todo a impulsos irracionales (Molina y Grosser, 2008: 143).

Al hablar de tradiciones populares, cobran importancia los símbolos campesinos, unos símbolos que son también un recurso habitual en la construcción del concepto *«pueblo»*, puesto que aquellos “constituyen las únicas materias primas ideológicas que, en dicha formación social, expresan un enfrentamiento radical con el bloque de poder” (Laclau, 1978: 200). Estos símbolos campesinos, de la sociedad rural anterior a la industrial que será vista como idílica, serán los pilares de toda esa retórica en torno al *«pueblo»*. Una época buena, casi sagrada, sencilla y espontánea (MacRae, 1970: 190). Se trata de dar “la sensación de que existió un tiempo en que las relaciones sociales eran más armónicas y felices de lo que lo son en la actualidad” (Álvarez, 1987: 227-228). Así, se refuerza una visión crítica de la situación actual y el proyecto político alternativo que se ofrece, en tanto que de alguna manera ya se dio en el pasado (Álvarez, 1987: 228). De ahí que muchos autores hayan trazado lazos de unión entre el populismo y los movimientos agrarios del siglo XIX.

El *«pueblo»*, por tanto, estará ligado al mundo y los elementos rurales, aunque no serán utilizados de igual manera en todos los casos, puesto que en los países con una gran concentración urbana se escogerá como pueblo a la masa de los trabajadores o incluso a un elemento social determinado como pueden ser los jóvenes, como por ejemplo en los movimientos populistas de los años treinta del siglo pasado (Incisa, 1983: 1281). Incluso los

pobres pueden servir de base para la construcción de ese «*pueblo*» (Rocha, 2008: 10), que en otras ocasiones se presenta como formado por la gente simple, la gente corriente (Stewart, 1970: 225). Es decir, en realidad el populismo no sería una especie de tradicionalismo, ya que no defiende una sociedad estática e inmóvil (Incisa, 1983: 1284). Puede apoyarse en aspectos tradicionales, pero no defenderá una sociedad tradicional ni arcaica, puesto que aquéllos son solamente un recurso más a emplear.

Con la ayuda de estos recursos, se trata de construir un pueblo “idealizado”, como el depositario exclusivo de las virtudes sociales, generador de relaciones justas y armónicas (Álvarez, 1994: 21), y portador de valores positivos (Rocha, 2008: 45). Se le dotará de toda clase de atributos, como la dignidad, la incorruptibilidad y la perspicacia, por lo que será considerado como superior a la clase política (Zanatta, 2014: 25). Un pueblo que, según Shils, estará identificado con la justicia y la moralidad (Worsley, 1970: 298); una sociedad donde gobernará el consenso moral, «*lo correcto*» (MacRae, 1970: 197). Por tanto, el pueblo tendrá una capacidad de juzgar, será él quien tendrá la capacidad moral para hacerlo, el único con una decencia moral y ética suficiente para juzgar al bloque de poder que le domina, le expolia y lo deteriora constantemente.

Un pueblo que, en definitiva, supera la suma de las partes y es considerado como un todo, una “comunidad holística” (Zanatta, 2014: 26). Se construye así una concepción del pueblo como un conjunto homogéneo y enfrentado. De esta concepción uniforme será de la que se desprenderá una distinción entre el individuo libre e igual a los demás ante la ley, defendido por el liberalismo, y el individuo subordinado a la comunidad, que defiende el populismo (Zanatta, 2014: 35).

Esta construcción del «*pueblo*» se realizará muchas veces en conjunción con unas fronteras nacionales. Este pueblo “casi siempre es el pueblo de la nación, o de una determinada comunidad territorial y cultural, evocado como custodio de su identidad, de sus particularidades lingüísticas, religiosas, étnicas o culturales” (Zanatta, 2014: 24). Es aquí donde encontramos el nexo de unión entre el populismo y el nacionalismo, motivo por el cual algunos nacionalismos han sido catalogados como populistas.

En efecto, el populismo será en algunos casos una especie de nacionalismo, al equipararse el «pueblo» y la «nación» (Stewart, 1970: 224). Un rasgo nacionalista que, según Incisa, hará al populismo incompatible con el internacionalismo (Incisa, 1983: 1282), aunque Stewart llega a afirmar que el internacionalismo ha caracterizado a algunos movimientos populistas (Stewart, 1970: 224). De hecho, hoy en día, en una sociedad globalizada como en la que vivimos, los enemigos del pueblo pueden traspasar las fronteras nacionales y el propio «*pueblo*» puede encontrar aliados en otros pueblos amigos, a los que no verá con malos ojos y a los que respetará su soberanía. De la misma manera que se determinarán

cuáles son los enemigos internos, se determinarán también cuáles son los enemigos externos del «*pueblo*» (Rocha, 2008: 16-17). Al igual que se deja entrever la existencia de una hermandad entre los distintos pueblos, aunque cada uno tenga sus intereses particulares y se respete su soberanía exclusiva (Rocha, 2008: 40-42).

Pero al igual que para el discurso populista son de gran importancia las alusiones al pueblo, también lo serán las referencias a la democracia. De hecho, la visión del pueblo descrita en los párrafos anteriores estaría ligada a una democracia ideal, una democracia en la que la fuente del poder reside efectivamente en el propio pueblo (Zanatta, 2014: 23). El pueblo es el único poseedor de la soberanía y nadie puede usurpársela. Por esto, el populismo se presenta como el mejor instrumento para regenerar la democracia; un ideal puro de democracia del que los enemigos del pueblo se habrían ido alejando con el paso del tiempo (Zanatta, 2014: 31-32). Ahora bien, esta interpretación del populismo como un proyecto regenerador de la democracia incurre en ocasiones en dictaduras de tipo personalista (Álvarez, 1994: 28). Esta es una cuestión que ha generado todo tipo de críticas al populismo y que sigue dando de qué hablar.

Tras la construcción del pueblo, también “hay que construir discursivamente al enemigo” (Laclau, 2006: 10). Los enemigos del pueblo, o el «*no pueblo*», es todo lo que está fuera del pueblo determinado histórica, territorial y cualitativamente (Incisa, 1983: 1282). Este bando enemigo es el portador de valores negativos (Rocha, 2008: 45), está caracterizado por elementos antipopulares (Álvarez, 1994: 21), contrarios al interés del pueblo y a sus demandas. Estará representado por una élite o, en ocasiones, por un sector de las propias masas populares, y será visto como una especie de demonio, como una conspiración y conjura constante, como un germen parásito y corruptor (Incisa, 1983: 1282-1283), carente de una legitimidad tradicional (Álvarez, 1994: 21). Un “bloque antipueblo” que es la encarnación del mal y que estaría usurpando la soberanía al pueblo.

La necesidad de un liderazgo carismático

La definición del pueblo y de sus enemigos debe encarnarse en un líder. Un líder que sea carismático y que tenga una capacidad mediadora entre el pueblo y sus enemigos. Más aún, será este líder quien determine, en última instancia, quién forma parte del pueblo y quién no. Deberá ser un líder astuto, capaz de articular dicho discurso de una manera eficaz. Será una suerte de nuevo «*Licurgo*» (MacRae, 1970: 200), astuto, inteligente y hábil. Un líder que consiga movilizar al pueblo, convirtiendo los enfrentamientos internos en meras diferencias, a la vez que sitúa en primer plano una confrontación entre el pueblo y sus enemigos:

“poco puede sorprendernos la necesidad de una figura dotada de poderes extraordinarios cuando conocemos la insistencia con que se ha subrayado previamente la fuerza de la amenaza maligna. Y tampoco es anormal que la capacidad mesiánica se concentre en uno –un personaje o un grupo– puesto que el origen de los males sociales se ha reducido igualmente a una sola fuente” (Álvarez, 1987: 248).

Es necesaria la figura de un líder, o un grupo de líderes, que en última instancia sirva para mediar entre el pueblo y esa élite que retiene *“ilegítimamente”* el poder en sus manos, esa élite conspiratoria. Un líder carismático (Rocha, 2008: 19-20) que medie entre esa élite enemiga y las masas, el pueblo. Prima por tanto, como señala Shils, una relación directa entre líder y pueblo, sin necesidad de instituciones mediadoras (Worsley, 1970: 298). Esta relación directa entre líder y pueblo alude a una cuestión importante para el populismo, una cuestión que ha suscitado recelos puesto que puede desembocar en dictaduras personalistas, encarnadas en la figura del líder, aventurando una línea muy fina entre una democracia ideal y un totalitarismo personalista. Algo que en principio se aleja del discurso populista, que sostiene que la soberanía reside en el pueblo y solo en él.

En cualquier caso, el liderazgo carismático se apoya en una relación directa con las masas, algo que deja atrás al partido político tradicional (Rocha, 2008: 79). De ahí también que en base a esa relación directa que se reclama, recelosa de los partidos e instituciones tradicionales, se defiende un uso instrumental del partido o los partidos políticos (Rocha, 2008: 99). Esta concepción dará pie a que se generen movimientos sociales y políticos antes que partidos propiamente dichos, altamente estructurados (MacRae, 1970: 192). Para el líder populista el partido es un mero instrumento al servicio del pueblo, que establecerá vínculos con toda clase de organizaciones sociales y movimientos.

En sintonía con este recelo respecto de las instituciones tradicionales, el ideal de la democracia representativa es sustituido por uno de democracia directa y la defensa de mecanismos de participación efectiva del pueblo. Sin embargo, es una participación que solo se concibe como instrumento para la consecución del proyecto político (Rocha, 2008: 38). Es decir, si en un momento dado la participación pone en riesgo el proyecto la participación deja de ser lo importante. Por otra parte, la participación es instrumental también para mantener el poder, en el sentido de que es preciso hacer que las masas encuentren formas de participación (Rocha, 2008: 79), con la inclusión de movimientos sociales u otros grupos que servirían de apoyo a los intereses del proyecto político. Pero por eso mismo, la participación acaba por entenderse muchas veces como nada más que como una mera movilización.

Por otro lado, “en sus modales, en su vocabulario, en su actitud, un líder populista necesita remitirse al pueblo, tranquilizar a sus seguidores demostrándoles que él también “es” pueblo” (Álvarez, 1994: 22). El líder necesitará que el pueblo definido en su discurso se

identifique con él, para lo cual necesitará transmitir que él no forma parte de los enemigos, sino que es un aliado del propio pueblo y que -además- tiene las mismas demandas; en definitiva, que él *es* del pueblo. Sherif dirá que el líder no será inmune a las experiencias del grupo y necesita mantener una interacción constante con sus seguidores (Martín, 1987: 76). Utilizará también mensajes simples, no complejos, mediante cuestiones convencionales y verdades admitidas como normales, e incluso muchas veces solo intentará seducir a sus seguidores mediante la autoafirmación y el halago a los mismos (Álvarez, 1987: 22).

Lo que debe quedar claro es que dicho líder no será como los líderes políticos convencionales, que habrá un cambio (Álvarez, 1987: 22). La relación entre líder y pueblo será diferente. Habrá una especie de vínculo libidinal entre el líder idealizado y las masas (Molina y Grosser, 2008: 143-144). El líder, por tanto, será generado dentro del propio grupo y entre sus seguidores, no fuera (Martín, 1987: 76). Esto es muy importante, ya que este tipo de líder recibirá la autoridad que le concedan sus seguidores (Martín, 1987: 76).

En cuanto a las funciones del líder, Tannenbaum señala que aquél deberá: 1) fijar los fines, metas u objetivos de la colectividad; 2) crear las estructuras necesarias para lograr dichos fines; y 3) tratar de mantener dichas estructuras y reforzarlas todo lo posible (Martín, 1987: 78). Como ya hemos dicho, corresponde al líder identificar al «pueblo» y a los enemigos a batir. Además, el líder deberá mantener y reforzar la concepción homogénea del pueblo. Deberá velar por la integridad de la colectividad frente a las amenazas internas y externas, deberá conservar el orden y la unidad, motivar a sus miembros y reducir las disensiones y los conflictos dentro del grupo (Martín, 1987: 78), logrando al mismo tiempo que se sienta participe. Será el líder quien fije el momento en el que al fin se dará la satisfacción de los justos, “la hora de la verdad de la historia” (Álvarez, 1987: 257).

La emergencia del populismo, en busca de una razón

Identificado por tanto el *populismo* como un discurso que articula al grupo de una manera peculiar a partir de toda una suerte de interpelaciones en torno al pueblo y la democracia dirigidas hacia al bloque de poder, nos resta indagar en el contexto o las razones que dan lugar al discurso populista. Es decir, el cómo se enciende la mecha que finalmente prende la fogata que sugería Worsley.

Según el planteamiento de Germani o Di Tella que apuntábamos más arriba, el populismo - como fenómeno aberrante- es consecuencia del tránsito de una sociedad tradicional a una sociedad industrial, por problemas de solapamiento entre elementos pertenecientes a ambas. Sin embargo, encontramos diferencias importantes entre movimientos que se reclaman populistas y que han surgido en distintos momentos a lo largo de la historia, al

igual que nos ocurre al enumerar sus características. Para estos autores “en uno de los polos está la sociedad tradicional; en el otro, una sociedad industrial plenamente desarrollada. Es en la asincronía en los procesos de tránsito de una a otra donde debemos buscar las raíces del populismo” (Laclau, 1978: 177). Pero esto es algo que no se corresponde del todo con la realidad, puesto que en la Europa de la década de los años treinta del siglo pasado surgieron movimientos de este tipo en países plenamente desarrollados. Para Germani y Di Tella, el populismo surgiría cuando los sectores populares no habrían logrado consolidar una organización e ideología autónomas de clase; a un mayor desarrollo corresponderán organizaciones de clase, como el *tradeunionismo*, y a un menor desarrollo corresponderá el populismo, como por ejemplo el Peronismo (Laclau, 1978: 177). Movilizaciones de tipo populista, aberrantes, que captarían y llevarían a la acción política a los llamados emigrantes recientes del campo a la ciudad, que constituirían una masa políticamente virgen con una mentalidad tradicional y sin una conciencia de clase desarrollada (Laclau, 1978: 181-182). Algo que no será del todo cierto, puesto que estos emigrantes recientes pueden adoptar una actitud más radical que el propio *tradeunionismo*, negando totalmente el capitalismo por el conjunto de presiones que sufren tras llegar al centro urbano (Laclau, 1978: 182-183).

Estas tesis nos podrán servir para algunos movimientos surgidos en sociedades en tránsito, en una etapa de desarrollo industrial, pero no encajarán para movimientos populistas surgidos en países desarrollados e industrializados. Por ello, retomamos nuevamente la concepción del populismo como un discurso que articula singularmente las interpelaciones popular-democráticas frente al bloque de poder defendida por Laclau, quien nos dice que el populismo “comienza en el punto en que los elementos popular-democráticos se presentan como opción antagónica frente a la ideología del bloque dominante” (Laclau, 1978: 202).

Las clases dominantes ejercen su poder o hegemonía sobre las clases dominadas contrarrestando los antagonismos, haciéndolos aparecer como simples diferencias:

“una clase es hegemónica no tanto en cuanto logra imponer una concepción uniforme del mundo al resto de la sociedad, sino en cuanto logra articular diferentes visiones del mundo en forma tal que el antagonismo potencial de las mismas resulte neutralizado” (Laclau, 1978: 188).

“la clase dominante ejerce [la hegemonía] de dos maneras: 1) a través de la articulación de su discurso de clase de las contradicciones e interpelaciones no clasistas; 2) a través de la absorción de contenidos que forman parte del discurso político e ideológico de las clases dominadas” (Laclau, 1978: 188-189).

Es decir, la hegemonía se ejerce haciendo de los antagonismos entre clases meras diferencias, o incluso introduciendo demandas e intereses de las propias clases dominadas en su discurso, de modo que éstas se vean reflejadas y así no lo cuestionen. Cuestiones como las diferentes reivindicaciones de los trabajadores que la clase burguesa habría ido aceptando con el tiempo. Aspecto este que, llevado al extremo, puede traer consigo una especie de empacho. Conllevará la pérdida de la capacidad neutralizadora de la clase

dominante, fruto de una crisis que hará que las clases dominadas impongan su discurso ideológico en el seno del Estado (Laclau, 1978: 189).

Si el poder de las clases dominantes está sujeto al logro de dicha hegemonía en la sociedad,

“el populismo surge históricamente ligado a una crisis del discurso ideológico dominante, que es, a su vez, parte de una crisis social más general. Esta crisis puede ser o bien el resultado de una fractura en el bloque de poder, en el que una clase o fracción de clase necesita, para afirmar su hegemonía, apelar al «pueblo» contra la ideología vigente en su conjunto, o bien de una crisis en la capacidad del sistema para neutralizar a los sectores dominados; es decir, una crisis del transformismo” (Laclau, 1978: 205).

Por tanto, el populismo no surge en un determinado estadio del desarrollo, aunque muchas veces sea fruto de una crisis del capitalismo (Laclau, 1978: 205). Es esto algo evidente en los movimientos populistas que surgieron tras la crisis de 1873, la Gran Depresión de los años 30 del siglo XX, o incluso en la crisis económica y financiera actual, entendiéndose que el surgimiento del populismo se produce cuando cuenta con el apoyo de unas clases medias radicalizadas por la pérdida de ingresos (Worsley, 1970: 295-296). Pero esta crisis del capitalismo será fruto de una crisis social más profunda (Laclau, 1978: 205), una crisis de la propia capacidad neutralizadora del discurso hegemónico del capitalismo, de la clase capitalista en definitiva, y no una crisis meramente económica.

Ahora bien, también podemos decir que, tras estas crisis, el discurso ideológico capitalista puede salir reforzado. Por ejemplo, tras la primera gran crisis capitalista de 1873, muchas demandas de los trabajadores fueron satisfechas e introducidas en el discurso ideológico capitalista. Tanto en lo laboral, con un aumento de salarios, como en lo político, con mayores derechos y una mayor representación (Paramio, 2012: 24-25), haciendo que su capacidad neutralizadora se reforzase, manteniendo así la hegemonía.

¿Populismo o populismos? Una posible tipología

Si para aclarar cuál es el momento en el que surge el populismo nos parece aceptable esta tesis, también puede servirnos para establecer una clasificación de los movimientos populistas en dos tipos: el de las clases dominadas y el de las clases dominantes (Laclau, 1978: 202-203).

Lo cierto es que se han dado diversas clasificaciones. Di Tella, por ejemplo, afirma que el populismo puede clasificarse en cinco tipos: a) partidos interclasistas de integración, b) partidos apristas, c) partidos nasseristas o militaristas reformistas, d) partidos socialrevolucionarios o castristas y e) partidos peronistas (Incisa, 1983: 1286). Por su parte, Wiles enumera una gama diferente de populismos: a) preindustrial, b) antiindustrial, c)

campesino, d) agrícola y e) tolerante con la industria (Wiles, 1970: 210). Por su parte, Incisa elabora una clasificación más genérica: a) nacional-populistas, b) populistas revolucionarios y c) populistas democráticos o pluralistas (Incisa, 1983: 1286). Por último, la distinción entre movimientos populistas también se observa en Maurice y Serrano, que catalogan el populismo de Costa como agrario, arcaizante y nostálgico, con una base social de pequeños labradores, frente al populismo de Lerroux, de corte más urbano, nacido del desarrollo capitalista y con una base de lumpen-proletariat (Maurice y Serrano, 1977: 187).

No cabe duda que, como nos ocurría con las múltiples definiciones de populismo que veíamos más arriba, estas tipologías son enriquecedoras para el estudio del populismo. Sin embargo, tienden a agrupar a los movimientos populistas de nuevo por sus características particulares, lo que deriva en una clasificación un tanto débil, en tanto que -como hemos visto- aquellos pueden tener rasgos particulares muy diversos, lo que nos llevará a establecer un tipo distinto por cada movimiento.

Desde una perspectiva más comprensiva, Laclau identifica únicamente dos tipos de populismo (Laclau, 1978: 202-203):

- a) El populismo de las clases dominantes: surge cuando el bloque de poder sufre una crisis de amplias magnitudes, de modo que una fracción interna tratará de imponer su hegemonía a la otra; esta fracción del bloque de poder elaborará un discurso articulando alusiones al pueblo, para que las masas populares se opongan a la otra fracción, se enfrente con el Estado en definitiva; además, este tipo de populismo sería muy represivo para que no se transforme este enfrentamiento en una revolución (p. ej., el nazismo).
- b) El populismo de las clases dominadas, que intentarán expandir el antagonismo con el bloque de poder articulando en su discurso alusiones popular-democráticas e incluso a las propias clases sociales, logrando así una especie de fusión entre el discurso popular-democrático y el discurso socialista (p. ej., el maoísmo).

Es aquí donde podemos ver los lazos que se han trazado entre el populismo y los movimientos de corte totalitario. O entre el populismo y los movimientos de corte socialista o socialdemócrata, como los que se han dado en América Latina, donde se observan formulaciones que tienen que ver con políticas económicas de izquierdas, como la defensa de una economía cooperativista (Wiles, 1970: 204-211) o una visión del Estado como instrumento para la integración y el desarrollo (Rocha, 2008: 19), o una visión intervencionista del Estado en la economía de mercado entre otras.

En definitiva, podemos decir que el primer tipo de populismo tendrá un corte más totalitario y será el instrumento que use una fracción del bloque dominante para seguir

ejerciendo el poder frente a las clases dominadas, arrebatándoselo a la otra fracción. El segundo tipo, sin embargo, es un populismo que tendrá un carácter también instrumental, pero para la propia sociedad, será más social y democrático, e incluso podría decirse que revolucionario, puesto que surgiría de las propias clases dominadas que se enfrentarán a la clase dominante existente en ese momento.

SEGUNDA PARTE: ¿Es Podemos populista?

El surgimiento de Podemos

Tras más de treinta años sin apenas sobresaltos en el sistema de partidos, el año 2014 será testigo de la aparición fulgurante de Podemos. Un partido que, lejos de ser una mera anécdota, ha entrado con fuerza en el sistema de partidos y ha puesto en duda su formato y la estabilidad de la que gozaba, así como la posición de los partidos que algunos llaman "*tradicionales*". Su éxito se explica en gran parte por la ventana de oportunidad que abre un contexto crítico que combina una crisis económica, una crisis social y una crisis política e institucional.

Desde 2008, con la situación a nivel mundial de "*Gran Recesión*" (Navarro, Torres y Garzón, 2011: 17), España también se ha visto afectada, tanto en su economía como en la desigualdad entre sus ciudadanos. Una crisis que ha afectado tanto al sector privado como al público, por la deuda contraída por los estados, los altos niveles de déficit, y los recortes en materia presupuestaria, así como el problema del desempleo (Torreblanca, 2015: 28-30).

Fruto de esta situación se ha dado un aumento de la pobreza sin precedentes en España, plasmada en el retroceso sufrido por todos los indicadores. El número de personas en situación de "pobreza severa", se han visto duplicadas desde 2007 a 2012 en 3 millones. Al igual que el porcentaje de hogares con todos sus miembros en paro, situándose en 2013 en un 10,6% (Torreblanca, 2015: 30-31). El porcentaje de parados, el mayor de la Unión Europea, se situaba en 2012 en un 26,5%, con un aumento de más de 18 puntos desde 2007. Al igual que la diferencia entre ricos y pobres, que ha aumentado en este periodo en más de 4,4 puntos según datos de la OCDE.

Este contexto, con un fuerte incremento de las desigualdades sociales, supone una bomba de relojería para la legitimidad de la democracia. Así se inicia una etapa de creciente tensión política (Torreblanca, 2015: 31-32), que llegará a las calles en mayo de 2011. El día 15 de ese mes, la plataforma "Democracia Real Ya" convocaba una manifestación en Madrid (Moreno-Caballud, 2012: 108). De dicha movilización surgirá el denominado Movimiento 15-M, tras acampar en la madrileña Plaza del Sol y posteriormente en otras plazas de ciudades españolas. Será éste un movimiento contrario al sistema económico y político establecido en España desde la Transición del 78 (Moreno-Caballud, 2012: 101).

De hecho, la principal preocupación del 15M era la defensa de la democracia, vistas las deficiencias del sistema representativo. Se reclamaba una participación directa de la ciudadanía en la toma de decisiones, puesto que -se decía- los partidos tradicionales las tomaban en función de sus intereses y no en función del interés general. Al grito de "*No nos representan*" se denunciaba una desconexión entre ciudadanos y representantes (Minguijón y Pac, 2012: 426-428), motivo por el que se defendía la necesidad de profundizar aun más en la democracia (Minguijón y Pac, 2012: 434).

Por otro lado, los partidos llamados "tradicionales", fundamentalmente el Partido Popular (PP) y el Partido Socialista Obrero Español (PSOE), pasaban por una pérdida de simpatías y apoyos por parte de la ciudadanía, algo que de algún modo ya se plasmó en las elecciones Generales del 20 de noviembre de 2011, en las que si bien el PP alcanzó la mayoría absoluta, apenas subió en votos mientras el PSOE perdía más de cuatro millones de votos de los once millones obtenidos en 2008, según datos del Ministerio del Interior.

Serán las elecciones al Parlamento Europeo del 25 de mayo de 2014 las que definitivamente mostrarían un fuerte desgaste de PP y PSOE. De los más de seis millones y medio de votos obtenidos por el PP en los comicios anteriores, apenas logró cuatro millones. Lo mismo le ocurrió al PSOE, que paso de tener seis millones de votos en 2009, a tener apenas tres millones y medio en 2014, según datos del Ministerio del Interior.

Aquella noche de mayo de 2014 "no había nada que festejar en un país en crisis" (Müller, 2014: 179). Era el claro síntoma de una fuerte desconexión política entre amplios sectores de la ciudadanía y los partidos. Esas elecciones parecían haber puesto en jaque al bipartidismo: entre PP y PSOE no habían logrado más del 50% del respaldo electoral (Gallero, 2014: 48). Pero esas elecciones también elevaron a los cielos a un nuevo partido: Podemos.

Apenas un año antes, la noche del 25 de abril de 2013, aparecía por primera vez en el programa "El gato al agua" de Intereconomía TV, Pablo Iglesias Turrión, un profesor de Ciencia Política de la Universidad Complutense de Madrid. Pero aquella noche no se incorporaba un mero contertulio más. Arrancó para él una carrera política, que le llevaría a formar y liderar un nuevo partido político, Podemos, que 13 meses después de aquella aparición televisiva conseguirá 1,2 millones de votos en las elecciones europeas (Rodríguez, 2014: 15-16).

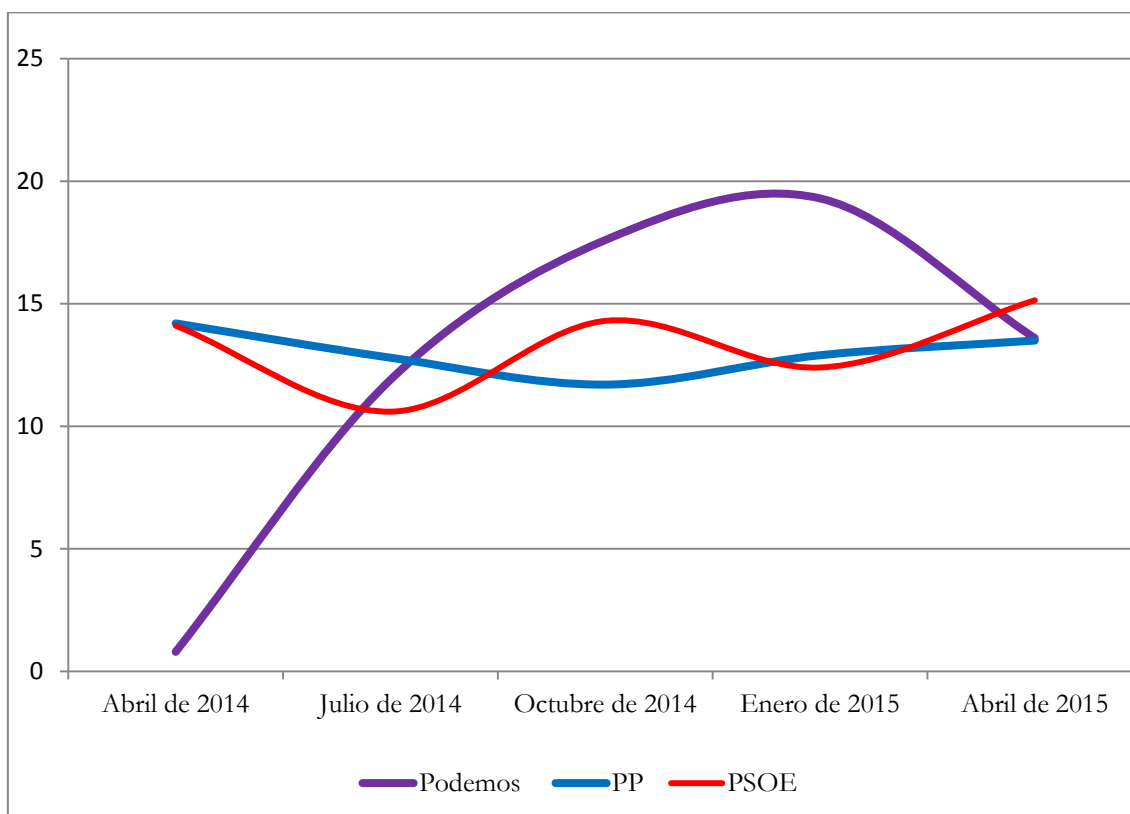
Tras unos años de aparición constate en tertulias televisivas y de experimentación con la comunicación política, como azote del *establishment*, tanto en su propio programa "La Tuerka", emitido por la madrileña Tele K desde 2010, y después en "Fort Apache", como en otros canales de la televisión nacional, Pablo Iglesias impulsó la formación de Podemos

(Carrillo, 2014: 71-73). Junto con otros colegas de la universidad que formarían el núcleo de Podemos, como Monedero, Errejón, Bescansa y Alegre (Torreblanca, 2015: 55), Iglesias pasaría finalmente a llevar sus conocimientos a la práctica.

Podría decirse, por tanto, que la semilla de Podemos se forma con y por la televisión (Torreblanca, 2015: 107), pero no sería hasta su alianza con la formación Izquierda Anticapitalista cuando se dio a conocer como proyecto político el 17 de enero de 2014. En esa fecha se presentaba un proyecto que pretendía convertir la indignación ciudadana en cambio político (Torreblanca, 2015: 130-133). Un proyecto que rápidamente recibió bastantes apoyos, de modo que sus promotores lo terminarían inscribiendo como partido político el 11 de marzo de 2014 (Torreblanca, 2015: 130-134), para concurrir a las elecciones europeas con el éxito ya comentado.

De hecho, hasta las elecciones andaluzas de marzo de 2015, el aumento de los apoyos de Podemos no parecía tener fin desde entonces. Si en las elecciones europeas obtuvo unos buenos resultados, los barómetros del CIS le han llegado a colocar como primera fuerza política en intención directa de voto, hasta alcanzar el 19% en enero, como podemos ver en el Gráfico 1.

Gráfico 1. Evolución de la intención directa de voto a Podemos, PP y PSOE (%)



Fuente: Elaboración propia a partir de datos de los estudios 3022, 3033, 3041, 3050 y 3080 del CIS.

En términos de voto, Podemos también obtiene unos resultados nada despreciables para un partido con tan pocos meses de vida. En las elecciones al Parlamento andaluz, celebradas en marzo de este año, Podemos obtuvo más de 1,5 millones de votos, aunque también es cierto que por debajo de las expectativas que algunos le daban. Por otra parte, en las elecciones municipales y autonómicas del mes de mayo, las candidaturas apoyadas por Podemos han conseguido alcaldías muy importantes como la de Madrid o Barcelona, pero también han dejado un panorama en el que PP y PSOE siguen siendo las principales fuerzas, tanto en votos como en poder institucional.

Ahora sí se puede

Afirma Torreblanca que a partir de 2011 las condiciones objetivas que posibilitaban la aparición de un fenómeno político como el de Podemos estaban dadas en España. En realidad, la crisis económica y financiera no había hecho otra cosa que sacar a la luz problemas ya existentes, pero Iglesias junto con los que hoy son líderes de Podemos vieron aquella grieta por donde colarse en el sistema tras las movilizaciones del 15-M (Torreblanca, 2015: 47-50). La crisis no era solamente económica, era mucho más profunda. Según el propio Iglesias era una crisis del consenso político alcanzado en la etapa de la Transición, una crisis del régimen político establecido en 1978, que con los años habría perdido legitimidad, debido a la corrupción y las contradicciones estructurales de sus instituciones (Iglesias, 2014: 51).

Interpretaron que en aquella situación era posible la aplicación de un discurso populista, que daba réditos en la cuña abierta entre una clase media empobrecida y unos políticos que seguían sentados en sus escaños (Carrillo, 2014: 87). Era el momento idóneo para articular un discurso simple, pero que atraería al proyecto de Podemos muchos adeptos. Un discurso de los muchos -los ciudadanos-, contra los pocos -las élites del régimen- (Torreblanca, 2015: 122-123). Era, como ellos mismos dirán, un “*momento populista*” que había que aprovechar (Torreblanca, 2015: 150).

Además, se fijaron en que en aquellas movilizaciones del 15-M los manifestantes no eran exclusivamente de izquierdas, sino que representaban un movimiento transversal. Lo que tenían en común sus integrantes no se debía a unas ideas de izquierdas, sino al rechazo de los partidos e instituciones que habían perdido la conexión con los ciudadanos. Por eso el eje tradicional *izquierda-derecha* no serviría a la hora de elaborar un discurso contra las élites sino que era necesario establecer un nuevo eje de conflicto, el de *ciudadanía-élites* (Torreblanca, 2015: 120-121). Había que pasar a un eje que distinguiera entre lo viejo y lo nuevo (Carrillo, 2014: 87), un nuevo eje en el que Podemos encontraría apoyo, por no ser un partido tradicional, por no ser visto como más de lo mismo, sino como un partido

novedoso, con un carácter combativo y sin contaminación del régimen del 78 (Hernández, 2014: 108-109). Así, Podemos será representado por personas jóvenes que no han ejercido la política al más alto nivel, “son *lo nuevo*” (Del Rio, 2015: 32).

Podemos diagnostica una crisis de representación en la que los ciudadanos han sido estafados (viviendas, ahorros, impuestos y derechos), que permite la formación de unas nuevas mayorías sociales y morales, con un reclamo claro: un cambio en las reglas de juego. Por tanto, Podemos buscará constituir un sujeto popular nuevo, mediante un proceso en el que primero se dará la apertura de dicha mayoría y luego el éxito electoral (Torreblanca, 2015: 150). Se trataba pues de abrir “un espacio valiosísimo en el espectro político que se podía ocupar” (Rodríguez, 2014: 20). Podemos se situará por tanto en el centro del tablero político para tener éxito (Torreblanca, 2015: 178-179), moderando su mensaje izquierdista de origen y coqueteando con el populismo (Rodríguez, 2014: 36). Lo que no significa necesariamente abandonar el tono radical, pues un punto de radicalismo nuevo le sirve para conectar con buena parte de la población en la situación de crisis (Del Rio, 2015: 31-32).

Podemos verá y aprovechará la oportunidad de dibujar un relato diferente, un relato polarizador en torno al «*pueblo*» y la «*casta*» (Torreblanca, 2015: 47-48). Junto con otras consignas también muy simples, “*el Pueblo contra la Casta*” será la consigna de los líderes de Podemos (Martínez, 2014). Este será el relato que Iglesias y los demás componentes del núcleo duro de Podemos repetirán constantemente en todas sus intervenciones en los medios de comunicación, así como en todo tipo de actos públicos. Un relato simple pero, precisamente por eso, eficaz.

A quién señalar con el dedo, la «*casta*»

La “*casta*” viene a ser la etiqueta que Podemos utiliza para designar a los enemigos del pueblo, con el doble objetivo de construir el «*pueblo*» y señalar al «*no-pueblo*», que todo discurso populista necesita como hemos visto en la primera parte. Todo lo que no pueda ser «*pueblo*» será considerado «*casta*» y el discurso de Podemos se dirigirá a hacérselo ver a la ciudadanía.

La etiqueta de «*casta*» no es una invención de Podemos ni de Pablo Iglesias. Concretamente, en España ya había sido utilizada por el Partido Comunista en plena Guerra Civil, para denominar a los explotadores y parásitos con los que había que acabar en aquel momento; y en Italia, más recientemente popularizado, por el líder del Movimiento 5 Estrellas Beppe Grillo (Torreblanca, 2015: 153). Ahora, dicho término, servirá a Podemos para designar a los enemigos del pueblo español. Podemos intentará que cuando los ciudadanos escuchen

el término “casta”, automáticamente sepan a qué y a quién se refiere, buscando además que los ciudadanos se identifiquen como el «pueblo» que son, frente a la «casta» enemiga.

Con el término «casta» lo que se pretende es ofrecer una visión simplificada del *establishment* político (Müller, 2014: 190-191). Una simplificación clave a la hora de constituir ese polo del eje frente al otro -el «pueblo»-, y que serviría también al propósito de facilitar que la ciudadanía lo identifique con rapidez. Por último, la etiqueta no será neutral, con la «casta» se pretenderá no solo nombrar a las élites políticas y de otro tipo, sino desprestigiarlas totalmente frente a los ciudadanos (Müller, 2014: 191).

Para Podemos la «casta» estará conformada por las élites políticas y económicas hegemónicas desde la Transición del 78, con el Rey a la cabeza (Torreblanca, 2015: 152-153). Esas élites serán para Podemos las causantes de todos los males en la historia de España, incluidas las consecuencias derivadas de la crisis económica. Unas élites que además estarán arrodilladas ante instancias exteriores al propio Estado, como los poderes financieros y la Troika, unas instancias que además se tildan de antidemocráticas, puesto que en ellas no reside la soberanía (Iglesias, 2014: 51-52).

Se lanzará un mensaje claro por parte de los dirigentes de Podemos de que estos son los culpables, que es necesario dar un «castigo» a la casta, en definitiva, al régimen político establecido (Carrillo, 2014: 84). Podemos se presentará ante los ciudadanos como una escoba para barrer el sistema actual (Torreblanca, 2015: 199), el instrumento electoral que se pone al alcance de los ciudadanos para proporcionar ese castigo (Del Río, 2015: 30).

En ese relato de Podemos se ofrecerá una visión de España como diferente a los demás países de su entorno. Se intentan buscar las causas de todas las problemáticas actuales en un pasado lleno de pugnas entre un pueblo sabio y con anhelos de democracia y unas élites corruptas y egoístas. Una interpretación un tanto difusa, hecha con trazo grueso (Torreblanca, 2015: 43-44). Imprecisión, que como hemos señalado ya en la primer parte, será importante a la hora de construir los dos polos, el «pueblo» y sus enemigos. Una ambigüedad calculada, bien meditada (Martínez, 2014), que será necesaria para Podemos a la hora de articular su discurso.

El «pueblo» español, historia de una traición

En Podemos es evidente la búsqueda de construcción de su idea de «pueblo», un pueblo entendido como la gente corriente y decente, que además situarán en el centro de su discurso (Torreblanca, 2015: 144). Para lograrlo, han recurrido sin complejos al elemento nacional. Podemos buscará agregar a su proyecto las demandas populares, pero querrá

hacerse con la nación, un elemento ideológico potente a la hora de construir y añadir preferencias (Torreblanca, 2015: 151- 152).

Es una nación o patria que se afirma frente a una élite y que se construye desde esa afirmación (Torreblanca, 2015: 154). Pero en España había un problema, la nación es vista como un concepto de "las derechas", debido fundamentalmente a la Guerra Civil y la dictadura. Por tanto, se le dotará de un significado diferente, de modo que la izquierda y el centro-izquierda se vean atraídos hacia esa idea nacional, en base a tres elementos centrales: la democracia, la soberanía y los derechos sociales (Torreblanca, 2015: 152).

Podemos mantendrá algunas demandas y el planteamiento central del 15-M sobre que los políticos no representan a los ciudadanos. Se planteará que la «casta» es la ladrona de una democracia que surgió del propio pueblo en 1978. Incluso se irá más atrás en el tiempo, haciendo una lectura de la historia de España en la que, desde la Guerra de la Independencia de 1808, el pueblo habría sido traicionado con las distintas restauraciones borbónicas. Un robo de la patria y una traición constante sufrida por un pueblo prístino, honrado y valiente como el español (Torreblanca, 2015: 152-153). Por todo ello, es necesario volver a empoderar a la gente, devolverle la democracia, la soberanía, que actualmente están en manos ajenas (Carrillo, 2014: 84). Se trata por tanto de construir una nación nueva, esta vez sobre bases democráticas (Torreblanca, 2015: 146).

Respecto a la soberanía, se defiende el autogobierno del pueblo. Debe primar su capacidad de decidir, expresada también en la autonomía del Estado frente al exterior, frente a Alemania o la Troika (Torreblanca, 2015: 154-155). Se trata de satisfacer a una población que durante años habría estado al margen de la toma de las decisiones políticas, de satisfacer en definitiva la demanda de participación de los ciudadanos (Del Rio, 2015: 32).

El tercer elemento que Podemos utiliza para construir su «pueblo/nación» son los derechos sociales. Se propone una comunidad que proteja, que ofrezca coberturas como la sanitaria y la educativa a todos los ciudadanos (Torreblanca, 2015: 156). Afirma Iglesias que el «régimen» se está desmoronando porque es incapaz de garantizar el sustento a los ciudadanos, condenándoles a la miseria. Ante esta situación la ciudadanía ya se habría pronunciado de un modo espontáneo, como en el 15-M, guiada por el sentido común ciudadano. Se hará alusión a los grandes principios morales, al sentido común moral de la humanidad en el que los Derechos Humanos serán bandera (Iglesias, 2014: 52).

Un proyecto ilusionante

Como ya hemos dicho, en España se da una situación de crisis en la que ciertas consignas antisistema encuentran rápidamente un público agradecido (Cuevas, 2014: 68-69). Iglesias y los demás dirigentes de Podemos sabrán aprovechar esa situación y ese público receptivo, para presentar su proyecto político.

Podemos utilizará los elementos que hemos descrito, apelando al “pueblo” y a la “casta”, y reforzando su intensidad al combinarlos con altas dosis de emoción (Torreblanca, 2015: 156-157). Y es que parece que en España los conflictos de clase vinculados con ideologías dotadas de una base material poderosa son escasos (Galindo, 2014), y muchas personas priorizan las necesidades emotivas antes que las políticas (Grau, 2014: 171). Por ello, un alto grado de emoción será importante a la hora de presentar el proyecto de Podemos a la ciudadanía. Podemos, y en especial su líder, han sabido conectar con el estado anímico de la gente y generar la expectativa de que existe una alternativa al sistema actual, pero sobre todo una alternativa real e ilusionante (Torreblanca, 2015: 34).

El propio nombre “Podemos”, que fue elegido por Errejón, busca oponerse a una corriente pesimista muy compartida entre la ciudadanía de que no se podía hacer nada frente al sistema (Torreblanca, 2015: 133). El mismo lema “*si se puede*”, servirá para generar una corriente optimista entre los ciudadanos (Torreblanca, 2015: 111). Además, Podemos se presenta como el partido de todos los españoles, un proyecto que por lo tanto no tendrá costes para los ciudadanos, nadie saldría perdiendo en el proyecto de Podemos, nadie excepto los miembros de la casta (Galindo, 2014), algo que lo hace aun más atractivo.

Esta corriente emocional y optimista además se verá reforzada por la fuerza de los propis integrantes y líderes de Podemos. Son personas que creen firmemente en lo que dicen, algo que genera un grado de convicción alto entre sus oyentes (Hernández, 2014: 109). Algo que en última instancia nos remite a ese vínculo libidinal entre líder y pueblo que en la primera parte hemos expuesto, un vínculo con una gran carga emocional.

Pablo Iglesias, el líder

Si nos preguntaran qué es Podemos, a veces casi parece que nos bastaría con responder que Podemos es Pablo Iglesias (Rodríguez, 2014: 17). Y es que la figura del líder es fundamental para Podemos. Sin Pablo Iglesias no existiría el Podemos que conocemos en la actualidad. Desde el requerimiento de los 50.000 avales necesarios para presentarse como cabeza de lista a las elecciones europeas, el modelo de Podemos se ha basado en el

hiperliderazgo de Iglesias (Torreblanca, 2015: 162-163). Un culto total al líder (Carrillo, 2014: 74). Un partido en el que prima la persona antes que el aparato (Cuevas, 2014: 70).

Iglesias tiene unas características propias que le hacen ser un líder magnífico para su partido. Cuenta con una gran capacidad dialéctica y en sus intervenciones transmite la sensación de seguridad en sí mismo y en lo que defiende (Rodríguez, 2014: 16-17). Es natural, joven, dinámico (Rodríguez, 2014: 21). Es fuerte, nuevo, y no está contaminado por la “casta” (Hernández, 2014: 101-106). Da la sensación de ser uno más, de ser del pueblo, algo que se refleja hasta en su peinado y en su forma de vestir, no lleva ni traje ni corbata (Rodríguez, 2014: 32). Iglesias tiene facilidad para emplear la falsa evidencia, la ironía o el sarcasmo, así como las falacias *ad populum* (argumentos como: la mayoría sabe, piensa, etc.). En definitiva, es un líder poderoso y con una gran capacidad de penetración en el imaginario colectivo (Carrillo, 2014: 81). A todo ello se suma también la habilidad que ha demostrado en el manejo de las redes sociales, que constituyen en la actualidad una herramienta poderosa (Grau, 2014: 164).

Hará algo que los partidos tradicionales no habrán hecho, situar en la agenda los problemas reales de la gente (Torreblanca, 2015: 36). Su mensaje será muy claro y simple, para que todo el mundo pueda comprenderlo. Repetirá hasta la saciedad muy pocas ideas, algo por lo que parecerán novedosas y rompedoras, lejos de la “casta” (Rodríguez, 2014: 27). Tratará de convertir las reivindicaciones históricas en eslóganes que sonarán como evidentes, de sentido común (Rodríguez, 2014: 37).

Iglesias se erigirá como el tribuno de la plebe, de la gente indefensa, el protector de la ciudadanía frente a los abusos de la “casta” (Torreblanca, 2015: 149). Un auténtico patriota, que será el altavoz de los damnificados por la crisis y que expondrá lo que la gente siente en sus casas, con un lenguaje de la calle, incluso con conceptos vulgares (Carrillo, 2014: 86).

Ahora bien, si un espacio ha sido crucial para su llegada a las casas de los españoles ese ha sido el de los platós de televisión. Sus intervenciones en los debates han sido de vital importancia para darse a conocer, son puro marketing (Gallero, 2014: 54-57). Algo que se reveló en la propia campaña electoral de las elecciones europeas. Mas del 50% de los votantes le conocían, mientras que solo el 7% sabía qué era Podemos (Carrillo, 2014: 80).

El liderazgo carismático ha constituido por tanto una herramienta eficaz para la promoción del proyecto político de Podemos, puesto que con su propio nombre crea una identidad con la que la gente puede identificarse, una identidad que ayuda a llegar a las masas y movilizarlas. Además, este liderazgo carismático se presenta como el resultado de una negociación libre entre representantes y representados, un acuerdo libre y voluntario, sin tensiones democráticas (Torreblanca, 2015: 75-76). Podemos se caracterizaría por unos

líderes que saldrían del “pueblo”, es decir, que serían elegidos en primarias abiertas a toda la ciudadanía.

Organización y participación

Podemos se presenta en una situación en la que muchos jóvenes sentían que no podían participar en política, pues percibían las estructuras partidistas existentes como anquilosadas (Hernández, 2014: 93-94). Así, Podemos se ofrece a la ciudadanía como una herramienta de participación política, que se inspira en el método asambleario del 15-M, ahora rebautizado como “Círculos” (Cuevas, 2014: 69). Estas dinámicas lograron atraer a numerosos ciudadanos. En un tiempo récord se hicieron con 250.000 afiliados (en realidad, inscritos, pues no son afiliados en el sentido estricto del término), en un país donde las tasas de asociacionismo son muy bajas (Torreblanca, 2015: 157).

En principio, Podemos plantea una organización sin estructuras jerárquicas ni carnets (Hernández, 2014: 98-99), aunque eso será compatible con un modelo organizativo controlado desde arriba, que se justifica en la necesidad de que la estrategia perseguida no se rompa, evitar la fragmentación interna y aprovechar a corto plazo la ventana de oportunidad que se había abierto (Torreblanca, 2015: 162-164).

En Podemos la participación desde abajo está representada por los “Círculos”, que serán sinónimo de apertura y flexibilidad ante los ciudadanos, espacios en los que cualquiera puede participar, o incluso formar uno. Unos “Círculos” que serán geográficamente y temáticamente diferentes (Torreblanca, 2015: 160).

Además, Podemos utiliza las redes sociales en esa clave de apertura, con la formulación de una especie de “democracia directa digital”, a partir de la cual los líderes conocen las demandas de los “Círculos”. En definitiva, un modelo de proceder de abajo a arriba que se concibe como fundamental para los líderes del partido, puesto que ello les permite absorber las demandas y articularlas en su discurso (Torreblanca, 2015: 160-161). Es lo que Carrillo califica como “discurso boomerang”, consistente en una interacción constante entre líderes y fieles activistas, no seguidores, que se alimenta a través de las redes sociales (Carrillo, 2014: 75-77).

A través de las redes se busca la participación y la colaboración. Se propondrá por ejemplo que sea la gente corriente la que elabore el programa con el que Podemos se presente a las elecciones europeas (Hernández, 2014: 101-106). El propio partido se financia a través de plataformas digitales mediante *crowdfunding* (Torreblanca, 2015: 160). Incluso tras las elecciones autonómicas y municipales del 24 de mayo, Podemos planteará la participación

de sus inscritos para decidir el apoyo o no a la investidura de los candidatos de otros partidos. Así, en su página web anunciaban procesos de consulta entre los días 21 y 23 de junio sobre diversas cuestiones políticas en los casos de Castilla-La Mancha, Extremadura, Cádiz, Islas Baleares, Mallorca y Menorca.

En definitiva, Podemos ha otorgado mucha importancia a los procesos participativos en su organización, pero eso mismo entra en contradicción en muchas ocasiones en un partido que se basa en el control y en el liderazgo de Iglesias. Como afirma Torreblanca en torno a los procesos de elección de líderes y candidatos, las elecciones primarias en los partidos no suelen ser muy democratizadoras cuando el censo de participantes es muy extenso y el control del aparato muy cerrado, sino más bien todo lo contrario, pues resultan en una mayor concentración del poder en manos de una sola persona. (Torreblanca, 2015: 163).

Un ejemplo de este efecto perverso de las primarias se refleja en los resultados de la Asamblea Ciudadana “*Si se puede*”, celebrada del 15 de septiembre al 15 de noviembre de 2014 (Torreblanca, 2015: 165-167), en la que Pablo Iglesias se erigió como Secretario General de Podemos con una abrumadora mayoría (88,7%), como se refleja en la Tabla 2. De igual manera, en dicha Asamblea se optó con resultados igualmente abrumadores por los documentos Ético, Político y Organizativo del modelo “*Claro que Podemos-Equipo Pablo Iglesias*” (cfr. Tabla 3).

Tabla 2. Resultados de la elección de la Secretaría General

TOTAL INSCRITOS	PARTICIPACIÓN (%)	V. 1º CANDIDATO (%)*	V. 2º CANDIDATO (%)*
251998	42,65	88,67	0,84

*Nota: los porcentajes obtenidos por cada candidato están obtenidos sobre el número de participantes.
Fuente: elaboración propia a partir de Torreblanca (2015) y Riveiro (2014).

Tabla 3. Resultados de la elección de los documentos Ético, Político y Organizativo

	TOTAL INSCRITOS	PARTICIPACIÓN (%)	V. 1º CANDIDATURA (%)*	V. 2º CANDIDATURA (%)*
D. Ético	251998	44,47	80,71	2,77
D. Político	251998	44,47	80,71	2,92
D. Organizativo	251998	44,47	80,71	12,37

*Nota: los porcentajes obtenidos por cada candidatura están obtenidos sobre el número de participantes.
Fuente: elaboración propia a partir de datos de Podemos y Riveiro (2014).

Esta dinámica se vuelve a repetir en el proceso constituyente de los órganos autonómicos de Podemos, en el que algunos candidatos a la secretarías generales autonómicas serán elegidos de nuevo por amplias mayorías. En Andalucía, Aragón o Cataluña, los primeros

candidatos superan el 60% de los votos. Pero al mismo tiempo, esta dinámica de participación parece empezar a ofrecer síntomas de desgaste, con una paulatina menor participación de los inscritos en la organización, que no supera el 20% en algunos casos, como en Andalucía y Cataluña, y solo en dos llega a pasar del 50%, La Rioja y Navarra (cfr. Tabla 4 y Gráfico 5). Si ya la participación en las votaciones celebradas para la elección del Secretario General y de los Documentos Ético, Político y Organizativo no superó el 45%, en las elecciones celebradas para la elección de las Secretarías Generales Autonómicas bajo hasta un 22,92% de media (cfr. Tablas 2, 3, 4 y Gráfico 2). Parece ratificarse ese efecto vaticinado por Torreblanca, en el que un proceso más abierto, con más participantes tenderá a producir amplias mayorías para los líderes. Además, parece repetirse el hecho del poder de la televisión, puesto que dos de los candidatos que más apoyos reciben son Teresa Rodríguez, en Andalucía, y Pablo Echenique, en Aragón, ambos conocidos eurodiputados de Podemos.

Tabla 4. Resultados de los procesos constituyentes de las Secretarías Generales autonómicas

C.C.A.A.	TOTAL INSCRITOS	PARTICIPACIÓN (%)	V. 1º CANDIDATO (%) **
Andalucía	59629	11,08	76,57
Aragón	11335	48,23	66,29
Canarias	19034	35,69	46,61
Cantabria	4564	39,61	40,32
Castilla y León	14451	23,54	57,38
Castilla-La Mancha	11364	23,80	50,54
Cataluña	41496	15,69	62,03
C. F. de Navarra	5484	52,04	45,23
C. de Madrid	60153	29,21	46,41
C. Valenciana	40370	20,69	49,03
Extremadura	6301	33,26	47,04
Galicia	18808	20,57	46,79
Islas Baleares	9134	36,95	31,85
La Rioja*	3233	59,05	58,46
País Vasco	12626	24,89	30,81
P. de Asturias	13272	42,27	59,88
R. de Murcia	10124	27,32	54,70
TOTAL	341378	22,92	

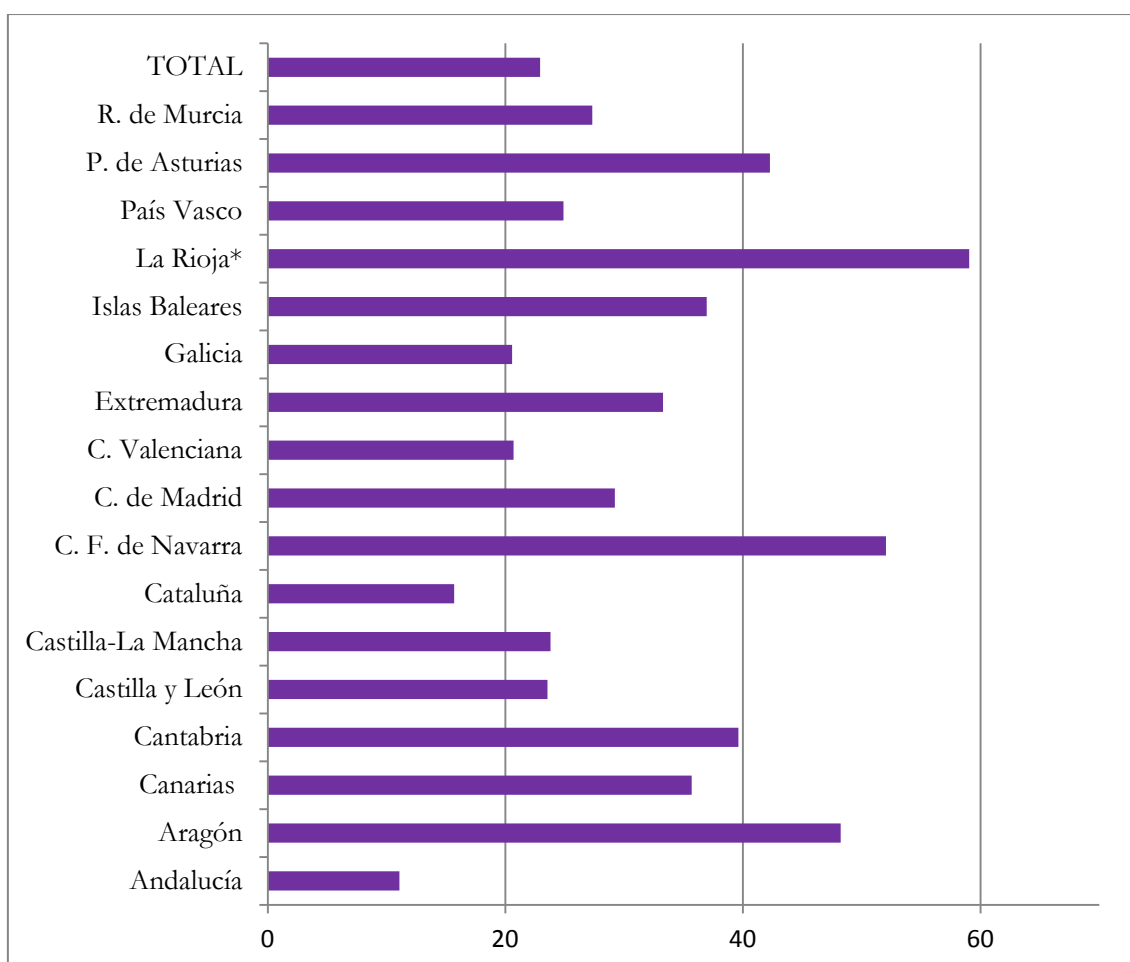
*Nota: en La Rioja, a fecha 20 de abril de 2015, quedaron invalidadas las candidaturas por la Comisión de Garantías Democráticas estatal de Podemos.

**Nota: los porcentajes de voto obtenidos por los primeros candidatos de cada Comunidad Autónoma están elaborados sobre el número de participantes.

Fuente: elaboración propia a partir de datos de Podemos.

Vemos aquí lo que ya analizamos en la primera parte del trabajo a propósito del populismo y la participación, en cuanto a que esta última se concibe tan solo como un instrumento supeditado a la consecución del objetivo perseguido por el proyecto político. Podemos, desde una óptica populista, trata de conseguir la participación de sus simpatizantes, e incluso busca alianzas con movimientos sociales que le sirvan de apoyo, pero todo ello con la finalidad última de reforzar el poder del proyecto y del líder. La participación serviría para que los ciudadanos mostraran sus demandas, de acuerdo a la interacción a la que apuntábamos antes entre seguidores y líder. Pero no se buscará el debate, puesto que desestabilizaría el proyecto y su objetivo, algo por lo que el líder deberá velar constantemente. Por tanto, observamos en el caso de Podemos la preferencia por la movilización frente a la participación real, en línea con un modelo populista.

Gráfico 2: Participación en los procesos constituyentes de las Secretarías Generales autonómicas (%)



*Nota: a fecha 20 de abril de 2015 quedaron invalidadas las candidaturas por la Comisión de Garantías Democráticas estatal de Podemos.

Fuente: elaboración propia a partir de datos de Podemos.

Ahora bien, estas dinámicas que tienden a reforzar la figura del líder, de Iglesias, parecen estar produciendo un efecto letárgico entre sus seguidores, algo que podría acabar

afectando negativamente al poder del líder y al propio proyecto de Podemos. Si la participación comienza a descender, al ser algo primordial para el mantenimiento de dicho poder, podría darse un descenso en la capacidad de liderazgo de Iglesias y del propio partido.

Así, a Podemos se le plantearía un dilema de cara al futuro. Dice el propio Iglesias que Podemos es un medio para cambiar las cosas, un instrumento en manos de la ciudadanía y no un fin en sí mismo, “Podemos es ciudadanía haciendo política” (Rivero, 2014: 20). Ahora bien, aunque se diga que no es un fin en sí mismo, el populismo en Podemos está al servicio de un fin, hacerse con la mayoría y llegar al gobierno, y a ello se supedita casi todo lo demás.

CONCLUSIONES

El discurso populista trata de articular interpelaciones populares y democráticas dirigidas hacia las élites que ostentan el poder en la sociedad en un momento concreto. Se crea así un enfrentamiento entre el pueblo y las élites, en el cual reside la esencia del populismo. Se trata de dar una visión simplificada de la realidad, en la que solo existen dos polos opuestos y enfrentados: el «*pueblo*» y el «*bloque de poder*» dominante, entendido como enemigo de dicho pueblo.

El «*pueblo*» es invocado constantemente por el discurso populista. Un pueblo entendido como un conjunto homogéneo y con un interés común, difuminando los enfrentamientos entre clases y la disparidad entre las demandas sociales. Un pueblo idealizado y considerado como moralmente superior. En el polo opuesto se sitúa al «*bloque de poder*». Un conjunto entendido como enemigo del pueblo, contrario a sus intereses y visto como usurpador de la soberanía.

Estos dos polos se construyen discursivamente por un líder todopoderoso, capaz de mediar directamente entre el pueblo y las élites dominantes. El líder será, con trazo grueso, quien determine las fronteras de los dos polos, quién defina los objetivos y los medios para lograrlos, así como el momento para atacar a los enemigos.

Tras el análisis de la teoría populista creemos que es factible concluir que efectivamente Podemos presenta características propias del populismo. Algo que no se debe tanto a sus propuestas concretas, su ideología, o las bases sociales que lo apoyan, sino por la forma de articular su discurso y su práctica política. Un discurso populista en el cual el «*pueblo*», es presentado como un conjunto homogéneo frente a un bloque de poder hegemónico, el llamado «régimen del 78». Un discurso que se fundamenta en ese antagonismo entre el pueblo español y el bloque de poder representado por las élites políticas y económicas. Una visión simplificada de la realidad política en dos polos opuestos que se sitúan además en un eje diferente al tradicional de izquierda-derecha: el pueblo frente a la casta, los de abajo frente a los de arriba.

El «*pueblo*» es el elemento central del discurso de Podemos. Un pueblo que en realidad es heterogéneo en sus intereses y demandas, pero que se presentan como equivalentes, y derivadas de un interés común y enfrentado a los intereses de la «*casta*». Además del antagonismo, otros elementos que se utilizan en la construcción de su idea de «pueblo» serán los símbolos y valores tradicionales de la sociedad española, la bandera y la nación; así como la alusión a una época idílica, anterior a 1808, tras la cual el pueblo español habría

sido constantemente traicionado. Al mismo tiempo, también se incorporan elementos más acordes con las características actuales de España, derivados fundamentalmente de la crisis económica, buscando activar y obtener el apoyo de los sectores sociales más desfavorecidos, los trabajadores empobrecidos y los jóvenes sin futuro. Elementos que, junto a un fuerte componente emocional, se dirigen al objetivo de que la gente se identifique como miembro de ese “pueblo”.

Frente a ese “*pueblo*” se construye el enemigo, la “*casta*”. Un enemigo que en el caso de España está conformado por las élites del régimen del 78. Unas élites que se definen como contrarias a los intereses del “pueblo” español, y a las que se culpa de la situación de crisis actual, tanto de la situación socioeconómica como de la política. La casta habría usurpado la soberanía al pueblo, por lo que es necesario devolvérsela a la gente, para que así la democracia funcione en base al interés común del “*pueblo*”, en base al consenso moral.

El liderazgo fuerte es también un elemento fundamental para la articulación del discurso populista, que en el caso de Podemos se personifica en Pablo Iglesias. Un líder surgido del “*pueblo*”, que se expresa como él y que tiene sus mismas demandas y necesidades. Un líder con habilidad para poner en aprietos a la “*casta*”, y con una capacidad mediadora directa con el pueblo, sin necesidad de las instituciones tradicionales. Algo que se refleja en la concepción instrumental que se pretende para Podemos como partido, un instrumento al servicio de la gente, con una estructura aparentemente similar a la de los movimientos sociales, y en la que la participación se incentiva sobre todo como refuerzo del proyecto defendido por el líder.

Podemos es un partido populista que surge en un momento de crisis, como suele ser el caso, pero en un momento de crisis que no es solo económica, sino también social y política. Los líderes de Podemos habrían interpretado que ahora se dan las condiciones para articular un discurso de tipo populista que genere una fuerza social de cambio del régimen político. Los resultados en términos electorales no parece que avalen la pretensión de una sustitución tan radical como la que se pretende, pero de momento es cierto que han logrado generar un terremoto político que ha alterado las bases tradicionales del sistema de partidos.

Por otra parte, a Podemos se le plantearía un dilema de cara al futuro. Dice el propio Iglesias que Podemos es un medio para cambiar las cosas, un instrumento en manos de la ciudadanía y no un fin en sí mismo. Pero aunque se diga que no es un fin en sí mismo, el populismo en Podemos está al servicio de un fin, hacerse con la mayoría y llegar al gobierno, y a ello se supedita casi todo lo demás.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ÁLVAREZ, JOSÉ. (1987). “Magia y ética en la retórica política”, en José Álvarez (comp.), *Populismo, caudillaje y discurso demagógico*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- ÁLVAREZ, JOSÉ (1994). “El populismo como problema”, en José Álvarez y Ricardo González (comps.), *El populismo en España y América*. Madrid: Editorial Catriel.
- CARRILLO, FRANCISCO (2014). “La estrategia de comunicación, ¿clave del éxito de Podemos?”, en John Müller (coord.) (2014).
- CUEVAS, PALOMA (2014). “Podemos y el 15-M, ¿de sol a Bruselas?”, en John Müller (coord.) (2014).
- DEL RIO, EUGENIO (2015). “¿Es "populista" Podemos?”, *Página abierta*, núm. 236, pp. 26-43.
- GALINDO, JORGE (2014). “Y Podemos no fue distinto a los demás”, [en línea]. Disponible en: <http://politikon.es/2014/05/13/y-podemos-fue-distinto-los-demas/> [Consultado: 24 de junio de 2015].
- GALLERO, MARISA (2014). “Pablo Iglesias, ¿el mejor alumno de Jorge Vestrinje?”, en John Müller (coord.) (2014).
- GERMANI, GINO (1965). *Política y sociedad en una época de transición: de la sociedad tradicional a la sociedad de masas*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- GRAU, ANNA (2014). “El fenómeno Podemos: ¿por qué nadie supo verlo?”, en John Müller (coord.) (2014).
- HERNANDEZ, ESTEBAN (2014). “¿Por qué una campaña tan vieja como la de Podemos funcionó y por que volverá a funcionar?”, en John Müller (coord.) (2014).
- IGLESIAS, PABLO (2014). “Podemos. El retorno de los Derechos Humanos”, *Exodo*, núm.123, pp. 51-52.
- INCISA, LUDOVICO (1983). “Populismo”, en Norberto Bobbio y Nicola Matteucci (drcs.), *Diccionario de Política. L-Z*. Madrid: Siglo XXI de España editores.
- IONESCU, GHITA & GELLNER, ERNEST (1970). *Populismo. Sus significados y características nacionales*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- LACLAU, ERNESTO (1978). *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo y populismo*. Madrid: Siglo XXI de España editores.
- LACLAU, ERNESTO (2005). *La razón populista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica de Argentina.

- LACLAU, ERNESTO (2006). “Por qué construir un pueblo es la tarea principal de la política”, *Cuadernos del CENDES*, vol. 23, pp. 1-36.
- MACRAE, DONALD (1970). “El populismo como ideología”, en Ghita Ionescu y Ernest Gellner (comps.) (1970).
- MARTÍN, RAÚL (1987). “El liderazgo carismático en el contexto del estudio del liderazgo”, en José Álvarez (comp.), *Populismo, caudillaje y discurso demagógico*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- MARTÍNEZ, JOAN (2014). ““Podemos”, el euro-peronismo”, [en línea]. Disponible en: <http://rebelion.org/noticia.php?id=193637> [Consultado: 22 de junio de 2015].
- MAURICE, JACQUES & SERRANO, CARLOS (1977). *J. Costa: Crisis de la Restauración y populismo (1875-1911)*. Madrid: Siglo XXI de España Editores.
- MINGUIJÓN, JAIME y PAC, DAVID (2012). “15M. Una explicación en clave sociológica”, *Prisma social. Revista de ciencias sociales*, núm. 8, junio de 2012, pp.414-439.
- MOLINA, JULIÁN & GROSSER, VEDIA (2008). “La construcción del “pueblo”, según Laclau”, *La lámpara de Diógenes*, núm. 16 y 17, pp. 137-157.
- MORENO-CABALLUD, LUIS (2012). “Desbordamientos culturales en torno al 15-M”, *Revista Teknokultura*, vol.10, pp. 101-130.
- MÜLLER, JOHN (coord.) (2014). *#Podemos. Deconstruyendo a Pablo Iglesias*. Barcelona: Ediciones Deusto.
- MÜLLER, JOHN (2014). “¿Y ahora qué? El Nuevo mapa político español tras la irrupción de Podemos”, en John Müller (coord.) (2014).
- NAVARRO, VICENÇ, TORRES, JUAN & GARZÓN, ALBERTO (2011). *Hay alternativas. Propuestas para crear empleo y bienestar social en España*. Madrid: Editorial Sequitur.
- PARAMIO, LUDOLFO (2012). *La socialdemocracia maniatada. De los orígenes y la edad de oro a la trampa de la crisis de la eurozona*. Madrid: Catarata.
- RIVEIRO, AITOR (2014). “95.311 personas eligen a Pablo Iglesias secretario general de Podemos”, *Eldiario.es*, 15 de noviembre, [en línea]. Disponible en: http://www.eldiario.es/politica/personas-Pablo-Iglesias-incontestable-Podemos_0_324767662.html [Consultado: 30 de junio de 2015].
- RIVERO, JACOBO (2014). *Conversación con Pablo Iglesias*. Madrid: Ediciones Turpial.
- ROCHA, VILMAR (2008). *La fascinación del populismo*. Rio de Janeiro: Topbooks editora.
- RODRÍGUEZ, PABLO (2014). “¿Quiénes son? La historia de Podemos”, en John Müller (coord.) (2014).

STEWART, ANGUS (1970). “Las raíces sociales”. en. Ghita Ionescu y Ernest Gellner (comps.) (1970).

TORREBLANCA, JOSÉ IGNACIO (2015). *Asaltar los cielos. Podemos o la política después de la crisis*. Barcelona: Penguin Random House Grupo Editorial.

WILES, PETER (1970). “Un síndrome, no una doctrina: algunas tesis elementales sobre el populismo”, en Ghita Ionescu y Ernest Gellner (comps.) (1970).

WORSLEY, PETER (1970). “El concepto de populismo”, en Ghita Ionescu y Ernest Gellner (comps.) (1970).

ZANATTA, LORIS (2014). *El populismo*. Capellades: Katz Editores.

RECURSOS ELECTRÓNICOS

Centro de Investigaciones Sociológicas. *Estudio 3022, Preelectoral elecciones al Parlamento Europeo de 2014*, [en línea]. Disponible en: http://www.cis.es/cis/opencm/ES/1_encuestas/estudios/ver.jsp?estudio=14068
[Consultado: 27 de junio de 2015].

Centro de Investigaciones Sociológicas. *Estudio 3033, Barómetro julio de 2014*, [en línea]. Disponible en: http://www.cis.es/cis/opencm/ES/1_encuestas/estudios/ver.jsp?estudio=14099
[Consultado: 22 de junio de 2015].

Centro de Investigaciones Sociológicas. *Estudio 3041, Barómetro de octubre de 2014*, [en línea]. Disponible en: http://www.cis.es/cis/opencm/ES/1_encuestas/estudios/ver.jsp?estudio=14119
[Consultado: 22 de junio de 2015].

Centro de Investigaciones Sociológicas. *Estudio 3050, Barómetro de enero de 2015*, [en línea]. Disponible en: http://www.cis.es/cis/opencm/ES/1_encuestas/estudios/ver.jsp?estudio=14141
[Consultado: 22 de junio de 2015].

Centro de Investigaciones Sociológicas. *Estudio 3080, Barómetro de abril de 2015*, [en línea]. Disponible en: http://www.cis.es/cis/opencm/ES/1_encuestas/estudios/ver.jsp?estudio=14179 [Consultado: 27 de junio de 2015].

Ministerio del Interior. *Resultados de las elecciones Generales de 2011 y de las elecciones al Parlamento Europeo de 2014*, [en línea]. Disponible en: <http://www.infoelectoral.interior.es/min/busquedaAvanzadaAction.html> [Consultado: de junio de 2015].

Organización para la Cooperación y el Desarrollo. *El impacto social de la crisis económica (2007-2012)*, [en línea]. Disponible en: <http://www.oecd.org/centrodemexico/estadisticas/> [Consultado: 27 de noviembre de 2014].

Junta de Andalucía. *Resultados elecciones al Parlamento de Andalucía, del 22 de marzo de 2015*, [en línea]. http://www.resultadoseleccionesparlamentoandalucia2015.es/01AU/DAU01999CM_L1.htm [Consultado: 24 de junio de 2015].

Podemos. *Resultados de las votaciones de la Asamblea Ciudadana “si se puede” para la elección de los documentos Ético, Político y Organizativo*, [en línea]. Disponible en: <http://podemosmairena.info/resultados-de-la-votacion-de-documentos-de-la-asamblea-ciudadana/> [Consultado: 25 de junio de 2015].

Podemos. *Resultados de los procesos constituyentes autonómicos*, [en línea]. Disponible en: <http://autonomicas.podemos.info/resultados/> [Consultado: 25 de junio de 2015].

Podemos. *Resultados de las consultas ciudadanas realizadas en junio de 2015*, [en línea]. Disponible en: <http://podemos.info/consultas-de-investigacion/> [Consultado: 25 de junio de 2015].

Podemos. *Página web de inscripción*, [en línea]. Disponible en: <https://participa.podemos.info/es/> [Consultado: 25 de junio de 2015].